

DISCURSO

pronunciado por el Dr. Cecilio Acosta al terminar el certámen literario (1) que la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Caracas celebró el 8 de agosto de 1869, en el salon del Senado, en obsequio del orador, y en correspondencia á la Real Academia Española, por haberle este Cuerpo nombrado Socio suyo en la clase de "Académico Correspondiente extranjero."



El orador antes de principiar pronunció estas palabras:

“La Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras ha tenido á bien celebrar este acto en obsequio de la Real Academia Española. En cuanto á mí, me toca por gratitud hacer la propia ofrenda, la cual es mi voluntad extender á la memoria de mi buen padre y á mi excelente madre, á quienes tanto debo, como un pequeño tributo para ambos de mi inmenso amor filial; y además para que me bendigan en este trance. La bendición de los padres (lo sé por experiencia) allana todos los caminos y fecunda todas las obras. Vosotros no vais á hallar mal el haberme visto pagar así esta deuda del corazón.”

Y luego dijo:

Señor Director.

Me siento profundamente conmovido. Al subir á la tribuna, osé contar con algunas fuerzas para este instante solemne, y noto que me faltan todas. Las grandes impresiones descargan todo su peso sobre el alma, y algunas veces hasta la oprimen. Esta Academia venezolana, compuesta de tantos amantes del saber, identificados todos en el propósito de rendir el presente culto á las letras; este concurso que se

congrega como para un objeto nuevo; este certámen de ingenio que acabamos de presenciar, como una especie de aspiración á la gloria; el sexo encantador asistiendo como un juez llamado á distribuirla; la reunión especial de hoy, hecha con el fin de tributar un homenaje de respeto y reconocimiento á la Real Academia Española, y el ser la causa de ello el haberme ese Cuerpo, de tradiciones tan gloriosas, distinguido con la altísima honra de Socio suyo en la clase de *Académico Correspondiente extranjero*; todo esto tiene para mí tanto de extraordinario, que (si he de decirlo con llaneza) me busco á mí mismo y no me encuentro.

¿Por qué no tengo yo á mi disposición la elocuencia varonil de Jovellános, que supo siempre encerrar en cláusulas de oro tanta rica joya de pensamiento sublime, ó la palabra fácil, abundante y tersa de nuestro malogrado Baralt, abeja querida de todas las flores, cuando ambos en su recepción llenaron el recinto de aquella misma ilustre Real Academia con su voz, para llenar yo ahora este salon con la mía, y poder así dar noble hospedaje al noble obsequio académico?

Ah! si tal fuese! Hallara yo entonces manera, con mano ya más

(1) El tema del certámen fué: *Las bellas letras son, en el pueblo que las cultiva, el cultivo de su espíritu.*

firme y acertada, de derramar aquí y exponer á vuestra vista, nuestros mas ricos tesoros. Presentaria á Bello, el que lo supo todo, Virgilio sin Augusto, y pintor de nuestra zona. Presentaria la zona suya bañada en luz y en rocío, émula de la del cielo. Presentaria á Várgas y á Cagigal, sumos sacerdotes de las ciencias. Presentaria á Bolívar, la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas; á Peña, rival de la elocuencia antigua; á Manuel Felipe de Tovar, varon ilustrado que llevó puesta siempre la armadura para el honor, y el honor sin mancilla como fianza del deber; á Gual, inglés por escuela y americano por sentimiento; á Angel Quintero, hombre de líneas rectas, de voluntad incontrastable, y figura sublime de estadista; á los dos Limardos, padre é hijo, ornamentos ambos de la patria, de las ciencias y de las letras, y ambos pertenecientes (yo puedo decirlo) á una familia predestinada para la gloria; á Juan Vicente González, escritor de brillante colorido, el Tirteo de nuestra política y el Hércules de la polémica; á Avila, nuestro Basilio, especie de ángel con don de lenguas; á Toro, el gran pensador artista, y el poeta filósofo; á José Hermenegildo García, pluma encarnada en el carácter, y alma de romano con epidermis de acero; á los dos Fortiques, los talentos de la diplomacia y de la estética; á los Obispos Méndez y Talavera, controversista el uno, y orador brillante el otro; á José María Réjas, generalizador profundo y publicista; á Andres Eusebio Level, especie de urna donde cabia todo lo bello; á Espinal, bizarro paladin de parlamento, y político con el oido puesto siempre á la opinion; al Dr. Arvelo, médico sagacísimo y oráculo del diagnóstico; á Pórras, que por su inmensidad no podia reducirse á ninguna esfera científica, y las invadia todas audaz; al Dr. Cris-

tóbal Mendoza, ilustre abogado, gran patricio, y grande administrador; á José Luis Ramos, humanista como pocos; á Revenga, Santos Michelena y Francisco Aranda, vaciados en molde para el gabinete, y el último de ellos ademas nacido para hablar en libro siempre; á mis maestros todos, sobre quienes, por la modestia que de ellos me alcanza como á su alumno, me contento con echar un mismo manto de gloria. Por último, presentaria á la inmortal Teresa Carreño, que tiene hoy suspenso al mundo, hasta oír de su boca la misteriosa palabra del arte, y ver salir de sus manos, convertido en armonías, el magnífico drama social contemporáneo. Más, evocaria en masa á la antigua Colombia, que nos pertenece; haria ostentacion de sus hombres, su historia y su esplendor; levantaria en alto todo ese conjunto, como para colgar en el espacio la gran via láctea de nuestro espléndido cielo; y ya así, y hombreándome hasta dónde me fuese posible con la Real Academia Española, podria decirle con justo orgullo patrio: “El orador es pequeño, pero Venezuela es grande; y puesto que para ella es, esa condecoracion con que se me ha distinguido, bien cabe en su pecho.”

Pero está visto, yo no puedo hacer tanto, y la ofrenda viene á ahogarme con su magnificencia. Recorozco el deber contraido, la responsabilidad abrumadora, el peso enorme echado sobre mis débiles hombros. ¿Dónde hallaré yo fianza ó caudal bastante para la paga? ¿Cómo ha podido ser que el último de los venezolanos haya sido candidato, y luego favorito de tal gloria? Vamos, ya adivino: los pueblos de un mismo origen al fin lo reclaman; las razas se unifican por el espíritu; y yo, en el proceso de la actual civilizacion hispano-americana, no soy más que un accidente, un punto de mira, como hubiera podido serlo

cualquier otro compatriota mio, en este último lazo que hoy es trecha la patria de Pelayo y de Isabel la Católica, con la patria de Bolívar, de Mariño, de Urdaneta, de Ríbas, de Páez, y de Sucre.

Este acontecimiento lo considero yo feliz, no solo porque multiplica nuestros puntos de contacto con el gran mundo, sino porque si la civilización va bien por todas partes, va mejor y gana más por el camino de las letras.

Las letras lo son todo. Las letras viajan: son la luz que inunda en un instante el espacio y lo colora, la arista que lleva el grano de la idea, y que es arrebatada por el viento de las edades, para llevar á todas partes gérmen, árbol, flor y frutos. Las letras crean; Homero ha dado origen á mundos en que él no soñó, y que hoy ruedan en el vacío de la gloria; sin la palabra de Demóstenes la suerte de Grecia no llega á Queronea; sin la de Ciceron, Catilina suplanta á César y precipita el tiempo de Farsalia; y el siglo de Julio II y Leon X es grande, y Canova hubiera podido poblar el museo Pio-Clementino de obras suyas, por que habia libros santos que hablan maravillas, é historiadores y poetas que son dechados; ¿Qué siglo ese! Las galerías del Vaticano son historias del cielo; y se alcanzó á ver entónces entre otros génius, á un Miguel Angel, que pudo desbaratar el orbe para llamarlo á juicio, y á un Rafael, que por la fuerza sola de su mano, hizo encarnar la Virgen en colores, tras de los cuales ve uno su misma gracia divina. Las letras han engendrado el canto y la armonía: Beethoven, Haydn y Mozart, los maestros profundos, y Rossini, Bellini y Donizetti, los maestros melodiosos, creadores todos ellos de un poder incontrastable que va derecho al alma y la cautiva, y despues que la cautiva la enseña, han calcado en su mayor parte las

obras maestras que los ilustran, en las obras maestras de la poesía y de las letras; la poesía precede siempre á la música, como el rayo de luz al arco iris. Las letras son el tesoro inagotable de las bibliotecas, que ocupan hoy los palacios mudos del saber, así como son el oleaje incesante del periodismo, que baña, agita y fecunda industrias, opiniones, costumbres y creencias. Las letras han producido en las artes la estética, ciencia que encanta, naturaleza que rie, especie de creación, donde no hai sonidos sin acordes, ni formas sin belleza. Las letras son en la amargura de la vida miel, en la vida de los pueblos aliento, en el espíritu cultura, en los anales del género humano la única página sin mancha, y en la corriente de los siglos el único bajel que no hace estadía ni naufraga. Las letras son las que han venido labrando este progreso que tenemos, esta civilización que nos honra, esta libertad que es nuestro orgullo. Las letras, por fin, han necesitado del fósforo para domesticar y poner á logro el fuego, del ferrocarril para trasportar el fruto que da el tipo de imprenta, y del alambre para poner á su servicio la electricidad, el único órgano capaz de transmitir, con la rapidez que él tiene, el rayo fecundador del pensamiento.

Y aquí, señores, me siento como con alas, como llevado por el hipógrifo de Astolfo para recorrer de un vuelo los siglos. ¿Qué queda de Roma? — Sus libros. ¿Qué de la edad media? — Sus crónicas. ¿Qué del siglo XV? — El renacimiento. ¿Qué de la edad horrible de César Borgia? — Maquiavelo. ¿Qué de la Italia humillada del siglo XVI? — Ariosto y Taso... Ved: hai en la larga jornada de la humanidad, como se nota ahondando un poco, y á veces sin ello, una estrella que siempre va, un rastro que siempre queda, de luz todo. ¿Será és-

ta la aguja misteriosa que marca sin cesar el rumbo del viaje, la voz de alerta dada á la peregrinacion del porvenir; ó el hilo de la providencia, que oculto á veces, á veces ostensible, burla todas las lógicas para hacer triunfar la suya, y hace precipitar la corriente de los sucesos hácia sí, como hácia un centro absorbente? Mirad el siglo de Pericles: la musa del drama y de la historia deja más para la Grecia y para el mundo, que las batallas de Maraton y Salamina; Tucídides casi fué el maestro de Tácito, y Eurípides fué tan grande, que pudo tener el orgullo de que el adusto Sócrates asistiese á la representacion de sus obras, y de que más tarde hubiese de inmortalizar sus páginas la sangre preciosa de Tulio, que las leía, derramada sobre ellas por los sicarios de Antonio. ¡ Hermosos días esos, en que los juegos olímpicos fueron también palestra á ingenios lidiadores, hubo en ellos susurro de aplauso en el concurso, voz de grata fama corriendo de boca en boca, y en el autor afortunado, rubor de gloria bañando sus mejillas! . . .

Oh! me siento trasportado; quisiera hacer alto delante de esa edad florida, y que levantásemos aquí tres tabernáculos, para contemplar de nuevo esa transfiguracion del espíritu, que todavía, despues de mas de veinte y dos siglos, se ve pasar por sobre nuestras cabezas como uu meteoro brillante. ¡ Qué dirá ahora la barbarie (yo la interpelo para que comparezca á este lugar), qué dirá cuando, en presencia de ese espectáculo espléndido, vea ella por sus propios ojos, que la sangre no deja sino sangre, las tinieblas sino olvido, y que en la posteridad sólo para la virtud hai honra, y para el talento laurel. . . ?

Mi conmocion es extrema, pero prosigo. Augusto, soberano astuto

y frio, para cuyo gobierno sensual y despótico no hai más explicacion que el haberse encontrado al fin sin rivales, ó el haberse deshecho de ellos en tiempo, halló su ilustracion en los varones de letras de su época, y su mejor título á la vida póstera en la inmortal lisonja de Horacio y de Virgilio. El reinado de Isabel de Inglaterra se nombra ménos por su infame conducta con María Estuardo, que por Francisco Bacon y Shakespeare. El de Luis XIV es célebre por el esplendor del espíritu, que iluminó más su gusto regio que sus triunfos; todavía despues de casi dos centurias, ese faro se alcanza á ver lo mismo: la soberbia pasó, el rastro de luz se mira aún; y si el gran monarca hace gran figura en la historia, es porque le lleva de la mano el gran Bossuet. Ese mismo siglo XVII fué el siglo de las ciencias, así como lo fué también el siglo XVIII, siendo éste además, por lo que hace á la religion y á las ciencias sociales, el de los *espíritus fuertes*, el de los libres pensadores. Del fondo del último saltó la chispa que produjo el incendio de la Revolución francesa, el acontecimiento más grande del mundo político. bautismo ese de todas las ideas, piscina probática para todos los errores, gran biblia donde hai para la libertad anales, para el derecho enseñanzas, y para el progreso humano adelantos.

España fué un tiempo la monarquía universal: no estaria mal dicho de ella que el sol se fatigaba para recorrerla. De Carlos V, en quien recayó de hecho por muerte de su abuelo materno, pudo escribir en significativa frase Montesquien, aunque comprendiendo la Alemania también, que *la tierra se habia ensanchado para dar espacio á su grandeza*. Felipe II, su hijo, salvo la dignidad imperial que tocó á Fernando su tio, todo